



Índice

Preludio	11
1 <i>Ticket to Ride</i>	13
2 Rock en el alma	21
3 <i>Transmission</i>	35
4 Ropa usada	45
5 Como en un sueño	59
6 Hojas de día	71
7 <i>But not Tonight</i>	83
8 Vorágine	99
9 Alarido	111
10 <i>Changes</i>	121
11 <i>Where is my Mind?</i>	133
12 Corriente eléctrica	143

Interludio (Canción de amor) 157

13 Estando aquí no estoy 161

14 Destierro 175

15 Esto no es una canción 183

16 *Bonus Track* 197

17 *Encore* 209

18 Alineaciones y discografía 213

Agradecimientos 215

A Laetitia de Lyon

Quizás hayas escuchado a todos los grupos de rock
que existen, pero... ¿y a los que no?

LEXTER BONGOS,
crítico de rock

Preludio

Voy a contarles la historia de Filia, un grupo de rock que fue más famoso cuando desapareció que cuando existió. Aunque, claro, ahora resulta que todo mundo fue a nuestros conciertos, nos dicen “banda de culto” y venden playeras con nuestro nombre. En fin, así pasa cuando se desintegra una buena banda antes de tiempo.

Por supuesto, habrá muchas canciones, pero no se preocupen, no es necesario haberlas escuchado. Uno tampoco tiene que saber cazar ballenas para leer un libro sobre cazadores de ballenas, ¿verdad? Por cierto: no cacen ballenas.

Dicen que las mejores bandas de rock nacen cuando dos amigos se conocen en la infancia. Hay muchos ejemplos, por eso debo comenzar hablando de cuando conocí a Bob, el mejor guitarrista que ha dado esta ciudad (pero de esto no quiero convencer a nadie, lo digo sólo para mí).

Eric Escocia, integrante de Filia

1. *Ticket to Ride*

El año era 1985. ¿Cómo olvidarlo?, si fue cuando dije mi primera palabra, poco antes de cumplir seis años. Así es, no hablaba nada y tampoco entendía mucho. Tenía algunos cables cruzados y mi casa estaba llena de tableros con fotos para señalar lo que necesitaba. En vez de ir al kínder y tener amigos, iba a terapias y tenía terapeutas: ortofonistas, psicólogos, neurólogos y otros costosos expertos que se esforzaban por sacarme algún sonido y estaban dejando a mis padres en la ruina.

Las ganas de hablar me llegaron por la música. Mamá tenía algunos discos y yo pedía con gruñidos y gestos que me pusiera uno. Casi siempre escogía *La hiedra venenosa*, de Los Rebeldes del Rock, que tenía un ritmo pegajoso que les hacía bien a mis neuronas adormiladas. Mis balbuceos se convirtieron en palabras y mis padres

dejaron de pagar terapias para comprar más discos, que yo tarareaba saliendo poco a poco de mi marasmo.

¿Alguien habría imaginado en ese entonces que sería cantante de rock? ¡No lo creo! Pero tampoco debieron creer que un niño con dislexia y serios problemas de conducta se convertiría en el famoso Ozzy Osbourne, o que otro que nació sin un oído, llamado Paul Stanley, se iba a pintar una estrella en la cara para fundar Kiss. ¿Y qué me dicen de un introvertido niño diagnosticado con síndrome de Asperger llamado David Byrne? Los médicos les dijeron a sus padres que no conseguiría hacer nada y formó Talking Heads, una de las bandas más geniales de la historia. El mundo del rock está lleno de maravillosos bichos raros.

Comencé a hablar. No decía mucho, pero estaba listo para ir a la escuela. Papá me explicó que entraría a un colegio católico, pero si no entendía nada de escuelas, menos de religión, y el primer día de clases no sabía qué esperar. El salón era enorme, tenía dos pasillos y tres filas con dos niños y dos niñas en cada mesa. Las paredes estaban decoradas con cuadros de cristos, vírgenes y santos como en una iglesia. Para enredar más las cosas, la maestra iba vestida de monja, dijo que se llamaba Dolores y que la llamáramos “madre”. La maestra-monja-madre Dolores me sentó junto a un niño que estaba medio dormido y debajo de la pintura del Tormento de Santa Catalina, que mostraba a una

mujer atada a una rueda que estaba siendo torturada por demonios; luego pidió que nos presentáramos y que dijéramos una cosa que nos gustara y otra que no. Tuve miedo de que la voz no me saliera; me concentré, pensé una frase y la repetí en la cabeza. Cuando llegó mi turno logré hablar sin trabarme.

—Me llamo Eric Escocia..., me gusta el rock... y no me gusta el fútbol.

Se hizo un silencio. El niño a mi lado interrumpió su sueño y me miró como si hubiera dicho lo peor del mundo. Todos voltearon a verme y un gordito de lentes me sonrió mostrando sus pulgares.

¿Había dicho algo raro? ¿Sería mi nombre o mi apellido lo que estaba mal? ¿Tendría un moco en la cara? Tocó el turno a mi compañero de banca y me aclaró las cosas.

—Soy Mario Bolaños, me gusta el fútbol y no me gustan los raros que odian el fútbol —dijo mirándome con odio y recibió una ovación del grupo.

—¡Silencio! —gritó la madre Dolores para calmar a la muchedumbre.

Así que yo era un “raro”. Ya lo sabía pero no me lo habían dicho. Quería pedir disculpas, pero la clase siguió y preferí imaginar que estaba en mi cuarto escuchando radio. Sintonicé en la mente Rock 101, mi estación preferida: la oía todo el tiempo y podía recordar de memoria todo lo que decían los locutores. Me desconecté

de la clase y comenzó a sonar en mi cabeza el movido “Rock Lobster” de los B-52’s.

—¡Deja de estar bailando! —reclamó mi vecino de banca, justo en la parte más prendida de la canción.

Una campana sonó y todos abandonaron el salón. Yo me quedé en mi lugar, pero la madre Dolores me empujó hasta la puerta y me explicó que debía salir al recreo. El patio me pareció enorme y pensé que si me alejaba ya no podría encontrar el camino de regreso. Abrí mi lonchera y comencé a comer el sándwich que preparó mi mamá. Todos los niños y niñas se volvían locos en el recreo, corrían de un lado a otro, y había varios partidos de fútbol disputándose al mismo tiempo. Pensé que si me quedaba callado nadie notaría mi presencia durante los seis años de primaria, pero un grandulón me gritó en la cara y salté del susto.

Me puse nervioso y para calmarme comencé a contar de tres en tres, como recomendaba uno de mis terapeutas: 3, 6, 9, 12, 15... Vi mi uniforme, era azul y me quedaba enorme, a pesar de los dobladillos que le había hecho mi mamá. 18, 21, 24, 27... En el pecho llevaba el escudo de nuestra escuela, la Diez de Mayo. 30, 33, 36... También teníamos que usar una corbata azul que me apretaba el cuello. 39, 42, 45... Habría seguido contando hasta el infinito —o al menos hasta el fin del recreo—, pero vi a un niño que me hacía señas al otro lado del patio: era el mismo gordito de lentes que me

había sonreído en el salón. Perdí la cuenta y me acerqué a él.

—¡Cúbrete y sígueme! —me dijo en cuanto llegué a su lado.

El niño se movía como si estuviera en una guerra, caminaba pegado a la pared, se escondía detrás de las columnas y avanzaba pecho tierra. Llevaba un enorme portafolio que apenas podía cargar sin tropezarse y dio vuelta en un pasillo angosto; lo seguí y llegamos a un patio pequeño, donde sólo había una pileta de agua.

—¡Bienvenido a mi escondite!

Me fijé en su aspecto. Era de cara redonda, cabello muy rizado, piel blanca con pecas, ojos claros, y usaba unos enormes lentes de pasta que se apoyaban en sus cachetes. Me pareció un niño muy raro y él debió haber pensado lo mismo de mí, porque yo era diminuto, flaco, de piel morena medio amarilla, cabello lacio muy corto y ojos opacos de cucaracha. Perdonen mi descripción tan poco afortunada, pero así me veía en esos tiempos, en los que creía que mi vida no tendría ningún brillo.

—¿Cómo te llamas?

—Eric Escocia.

—¿Escocia como el país?

—Sí. ¿Y tú?

—Bob Barragán.

—¿Bob es tu nombre o así te dicen?

—Así me dicen mis amigos —respondió y extendió su mano para que la estrechara—. Eres nuevo, ¿verdad?

—¿No es el primer día de clases? —pregunté confundido.

—De la primaria sí, pero casi todos íbamos en el kínder de la escuela. ¿En cuál ibas tú?

No supe qué responder porque nunca había ido a una escuela.

—No importa. ¿Quieres jugar?

Me dio gusto que Bob no fuera chismoso y lo vi abrir su portafolio. Sacó una lotería, una baraja, unas damas chinas, un turista, unos palitos chinos..., todos los juegos de mesa que se podían conseguir en una buena juguetería. Escogí la lotería, pero me preguntó si sabía jugar póker; negué con la cabeza y me dijo que me enseñaría.

—¿Cuál es tu grupo favorito? —preguntó mientras barajaba las cartas con habilidad.

—Los Beatles.

—¡El mío también!

Abrí la lonchera para sacar mi mayor tesoro: mi Walkman.¹

¹ Walkman es una casetera portátil que fue muy popular en los años ochenta. Esto debe de sonarles a prehistoria, pero también las cosas que ustedes usan ahora serán anticuadas algún día. Los casetes contenían una cinta con la música grabada, y para poner una canción debía adelantarse o retrocederse; si uno no quería acabarse la pila, podía sacar el casete y hacerlo girar con un lápiz. ¡Sí! Buscar una canción no era sólo dar clic en una pantalla. En fin, lo que importa es que mi Walkman era amarillo y que se oía increíble.